

Leopoldo Stampa

ESPAÑA Y PERSIA

Relato indefinible de algunos trazos
de su historia diplomática
(1572-1986)



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— LA VALIJA DIPLOMÁTICA, n°64 —
MADRID • MMXXII

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © LEOPOLDO STAMPA

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO. ALICIA ARÉS

www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: PALOMA SERRA ROBLES, MARÍA VENEGAS GRAU y JAVIER RUPÉREZ RUBIO
Colección fundada por ALONSO ÁLVAREZ DE TOLEDO Y MERRY DEL VAL

Diseño de la colección: ABSURDA FÁBULA- ALICIA ARÉS

www.absurdafabula.com

Fotografía de cubierta: Embajada de España en Teherán

Edición ortoestilística: LETICIA MERCADO

Primera edición: octubre 2022

I.S.B.N: 978-84-18997-46-4

Depósito legal: M-25836-2022

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

*A mi mujer, Nahaleh,
a quien debo todo lo que he podido entender de su país*

PRÓLOGO

Este libro ha sido escrito muy despacio. Lo empecé en 2010, siendo aún embajador en Teherán. Mi proceso de escritura atravesó momentos de largas pausas, porque no siempre el trabajo permite administrar el tiempo al propio antojo. Una vez terminado el texto, llegó la árida tarea de las correcciones y las revisiones, que a menudo comportan un proceso más largo que el de la propia redacción. También entonces intercalé algunas treguas que me di a mí mismo. Cuando volví a releer el contenido, no pude contener el impulso de suprimir algún capítulo y modificar otros. Y vuelta a empezar. El tiempo invertido, por lo tanto, tiene más que ver con una cierta indolencia que con una prolongada investigación que, sin embargo, tampoco ha faltado.

Trajines, traslados, interrupciones y temporadas en las que el borrador estuvo durmiendo en un cajón explican el plazo dilatado de estos once años de revolver libros y papeles viejos para aprender algo de lo que el pasado nos enseña, pues, como decía el marqués de Villa-Urrutia, «somos muchos más los diplomáticos que tenemos que aprender que los que pueden enseñar». En una época tan poco propicia a los ocios diplomáticos, como el mismo Villa-Urrutia los bautizó, y donde todo

está marcado por los plazos y las «líneas rojas», no ha dejado de complacerme poder domar algo la prisa, acomodar las fechas a mi gusto y tratar de contemplar y transmitir al compás del tempo lento algunos episodios de la historia diplomática entre España y Persia. Para que no se pierdan.

Estoy en deuda de gratitud con Javier Rupérez, que fue mi embajador en dos ocasiones: la primera, en la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa en su reunión de Madrid (1980) y, después, en la OTAN (1982). Fue él quien rescató del cajón el borrador de este trabajo y me impulsó a presentarlo junto con nuestra compañera María Venegas Grau, que ha sido un ejemplo impagable de dedicación, cuidado, rigor y atención al detalle en la revisión del libro, desde el prólogo a la bibliografía.

CAPÍTULO I

LA RUTA DIPLOMÁTICA ESPAÑOLA HACIA PERSIA. LOS ÚLTIMOS AÑOS DEL SIGLO XVI

Carlos V y la amenaza otomana

Pocas son las referencias que se encuentran sobre Persia en la historia de España. ¿Por qué debería ser de otro modo, cuando los intereses de España y del Imperio tuvieron durante siglos una proyección europea, mediterránea y americana que nada, o muy poco, tenía que ver con Asia? El norte de África, todo lo más, era la barrera geográfica que limitaba el alcance de los intereses de España al sur del Mediterráneo. Pero, ¿y Persia? A lo sumo se ligaban a ella unas vagas referencias del viaje de Ruy González de Clavijo en su embajada ante Tamerlán. Retazos de historia apenas almacenados en la memoria. Ecos de una embajada medieval de Castilla en Persia.

Pero aquello había sucedido entre 1403 y 1406, cuando Enrique III de Trastámara, rey de Castilla y León, quiso anudar lazos con el Gran Tamerlán contra el poderío turco, liderado entonces por Bayaceto, conocido como *Ildrim* o «el Rayo». Ruy González de Clavijo y su séquito atravesaron entonces las tierras de Shiraz y Khorrasan, camino de la corte de Tamerlán. Y en eso quedó todo. Cien años después, la situación era muy distinta. Castilla había dado paso a un proyecto muchísimo más amplio en territorio y en contenido. Reinaba en España Carlos de Habsburgo, un borgoñón nacido en Gante. El rico ducado de Borgoña había conocido su época de mayor apogeo bajo el reinado de Carlos el Temerario. Su hija María se casó con el emperador Maximiliano de Austria, de manera que Flandes pasó al dominio de los Habsburgo. A ese acercamiento diplomático

siguió el acercamiento familiar. Un hijo del emperador Maximiliano, Felipe IV de Borgoña (Felipe el Hermoso), se casó con una de las hijas de los Reyes Católicos y su única heredera, la infanta Juana de Castilla. Por consiguiente, el hijo de ambos, Carlos de Habsburgo, nacido el 24 de febrero de 1500 y futuro emperador Carlos V, borgoñón por cuna y formación, heredó Borgoña y las Coronas de Castilla y Aragón. Una herencia inmensa que comprendía el reino de Castilla con las provincias vascas, Navarra y las Indias occidentales, y el reino de Aragón, el de Valencia, los condados catalanes y los territorios anexionados de Baleares, Sicilia y Nápoles, por parte de Aragón. A ello se unían Flandes, el Franco Condado, el Sacro Imperio y el ducado de Milán. Un conglomerado de territorios que implicaba un vasto conjunto de responsabilidades a las que se unió la de emperador de los romanos a la muerte de su abuelo Maximiliano en 1519.

La dignidad imperial proporcionó a Carlos V una autoridad moral que tenía por objeto preservar la cohesión de toda la cristiandad. Una gran carga en aquellas épocas. Pero las obligaciones imperiales y los intereses familiares a veces se confundían. Asunto comprensible, pues entonces la estirpe predominaba sobre el territorio y la dinastía prevalecía sobre la nación, que era aún un concepto político incipiente. La pertenencia de Carlos V a la familia de los Habsburgo le obligó a tomar decisiones estratégicas en algunos momentos críticos (unidad alemana frente a la reforma luterana, rechazo a los turcos sobre Viena...) para que la dinastía no perdiera influencia y poder. Obviamente, esa política le enfrentó con otros reinos cristianos.

Carlos V había acumulado una supremacía territorial de tal dimensión que constituía por sí mismo el poder hegemónico en Europa. Nadie parecía cuestionarle ese papel. O al menos eso es a lo que aspiraba Carlos V. Sin embargo, en la corte de Francia, Francisco I le disputaba la preeminencia y percibía el poder de los Habsburgo como una amenaza directa a su territorio, a su dinastía y a su misma persona. De norte a sur, y comenzando por Calais, el cerco geográfico a Francia se iniciaba por los Países

Bajos y continuaba a través de las fronteras del Imperio germánico, el Franco Condado y el Milanesado, hasta llegar al Mediterráneo. Francia se sentía rodeada.

En virtud de sus responsabilidades supranacionales, correspondía al emperador coordinar la acción de los Estados cristianos contra los turcos, y así lo entendía Carlos. También lo había percibido así Francisco I. El francés, obligado por sus credenciales cristianas, se había visto apremiado a despachar algunos recursos, aunque a regañadientes, para detener el progreso turco en Europa. Pero eso había sido antes de la muerte del emperador Maximiliano. Las aspiraciones de Carlos V a suceder a Maximiliano en la dignidad de emperador chocaron con los intereses del monarca francés, que pugnó por arrebatársela. Y, una vez que el título recayó sobre Carlos V, Francisco I se sintió humillado, y su reino, sitiado. Como consecuencia de ello, las relaciones hispanofrancesas se fueron agriando hasta degenerar en conflictos armados. Desde 1521 hasta 1544, España y Francia se enfrentaron en cuatro guerras.

En la primera de ellas, el monarca francés fue derrotado en la batalla de Pavía en 1525. Sufrió cautiverio en España hasta que la firma de la Paz de Madrid le dejó libre al año siguiente. Una vez recobrada la libertad, se negó a cumplir las condiciones pactadas. Pero mientras eso estaba ocurriendo, su madre, Luisa de Saboya, regente de Francia, había establecido contactos con el turco Solimán el Magnífico (1494-1566), de quien obtuvo el compromiso de enviar fuerzas a Europa Central con la intención de debilitar el poder del emperador Carlos V. A esa iniciativa francesa deben los húngaros la derrota de Mohács en 1526.

Pero sin duda ahí anidaba la clave de lo que durante la dinastía de los Habsburgo sería la pesadilla constante de su política mediterránea. Si a lo largo del siglo XII el Mediterráneo había sido considerado un «lago cristiano», el Imperio otomano, tras la conquista de Constantinopla (1453), lo convirtió en un mar disputado, sobre todo bajo el reinado de Solimán II el Magnífico (1520-1566), quien representó una inquietante

y perturbadora amenaza para Europa. Era el poder de la Sublime Puerta.

A partir de 1520, el Imperio turco pasó a ser una de las grandes potencias mundiales en tierra y en la mar. En 1521 ocupó Belgrado y al año siguiente tomó la isla de Rodas. En 1526 invadió gran parte de Hungría. En 1529 sitió Venecia y Viena. En la mar, el Imperio otomano se fue transformando en un poder de primer orden. Aliado con los corsarios berberiscos del norte de África, comenzó a enseñorearse de todo el Mediterráneo oriental. En 1529 se adueñó de Argel y en 1530 de Malta.

Ante esta marea invasiva, las naciones europeas comenzaron a percibir el peligro turco con inquietud mayor o menor, según fuese su proximidad geográfica a la amenaza. Sin embargo, todas ellas coincidían en que debía establecerse un frente común contra el enemigo que proyectaba su dominio contra la vieja civilización heredera de la Antigüedad grecorromana y del judeocristianismo.

Ocupar todo el Mediterráneo y hostigar a la misma España no entraba dentro de las posibilidades, ni siquiera de Solimán. La flota turca no podía alcanzar directamente a España, sino que necesitaba bases en la costa berberisca del norte de África o en la costa mediterránea de Francia. El peligro para España radicaba en que los turcos tenían aliados en ambos lugares. Podían incluso hallar un tercero en la propia península ibérica.

Consciente de esa fuerza, el atrevimiento turco fue a mayores. En 1534 Barbarroja se adueñó de Túnez, cuyo rey era vasallo de España. En el segundo tercio del siglo XVI —señala Magdalena de Pazzis Pi—, el Mediterráneo perteneció a los turcos; hubo que esperar hasta comienzos de la tercera década del siglo para que España pudiera replicar al poder naval del islam gracias a la ayuda de su nuevo aliado, Génova.

La fuerza naval turca seguía creciendo. La amenaza se fue acercando cada vez más a las costas de Nápoles, de Sicilia y de España. Con el fin de romper el frente naval de los otomanos en el Mediterráneo y establecer una base española entre Argel y Constantinopla, Carlos V reaccionó orga-

nizando una expedición contra Túnez. Era el momento del esfuerzo supremo del emperador. El 30 de mayo zarpó desde Barcelona la poderosa escuadra imperial. Primero se apoderó de La Goleta y el 21 de julio de 1535 entró en la ciudad de Túnez. El monarca francés, Francisco I, deseoso de desestabilizar a su rival, apremió a Solimán para que atacase Génova, aliada de Carlos V. El objetivo de las flotas conjuntas de Turquía y Francia era cortar la vía de comunicación Barcelona-Génova, de vital importancia para el emperador Carlos.

Paulatinamente, fueron consolidándose las relaciones entre Francia y Turquía, ratificadas en 1536 con un pacto de alianza. Esta llegó a tales extremos que incluso las flotas del sultán turco y del rey francés llevaron a cabo operaciones conjuntas en el Mediterráneo. La colaboración no tuvo buena acogida ni se entendió en Francia, que veía cómo la flota turca inverna en Tolón y cómo una escuadra francesa permanecía anclada en el Bósforo. Para la mayoría de los franceses resultaba una alianza *contra natura* entre una nación cristiana y los infieles. Sin duda, era el indicio de que algo se estaba perdiendo: la cruzada ya no congregaba a multitudes y se contemplaba como un ideal de otro tiempo. Los nacionalismos estatales modernos comenzaban, tímida pero radicalmente, a alimentarse de otras ambiciones.

A pesar del éxito español, la conquista de Túnez no alteró el equilibrio de poderes en el Mediterráneo. Carlos V no disponía de la fuerza naval necesaria para explotar el éxito de esa victoria y perseguir a Barbarroja en Argel. El corsario turco, por lo tanto, podía organizar a su antojo nuevas expediciones de saqueo contra las islas Baleares y la costa de Valencia —como las que llevó a cabo durante 1537—, sin que España pudiera defender sus litorales por estar ocupada en guerra contra Francia, que ya había fraguado su alianza con los turcos en 1536, como se ha dicho.

Entonces Carlos V trató de sumar esfuerzos. Eligió la diplomacia, fraguando una alianza con el papa y con Venecia. Sus escuadras se enfrentaron a los turcos en acciones navales indecisas. Ninguno de esos combates

resolvió el problema de la presencia otomana en aguas mediterráneas y terminaron por desalentar a Venecia, ansiosa de reanudar su comercio y expandir el abastecimiento de grano en el Mediterráneo oriental. Poco después, la señoría firmó por su cuenta la paz con Constantinopla en 1540.

Sin la flota veneciana no había esperanzas de plantar cara a los otomanos. Carlos V lo intentó por su cuenta, lanzando esta vez una expedición contra Argel que resultó un fiasco. Cuando las hostilidades contra Francia se reanudaron (1542-1544), los turcos, sin temor a los contraataques españoles, camparon a sus anchas en la mar.

Había sin embargo una doble desventaja para Constantinopla que los reinos cristianos querían aprovechar: por una parte, en las cortes europeas sospechaban que la colaboración de los turcos con Francia era más circunstancial que duradera y, por otra —y ahí radicaba la novedad—, el conflicto otomano con los monarcas persas de la dinastía safávida dejaba a la Sublime Puerta un importante flanco al descubierto. Y ahí entra Persia en nuestra historia.

La diplomacia persa de Felipe II. La embajada del portugués Dabreu en 1572

Felipe II heredó de su padre Carlos V no solo territorios y aliados, sino conflictos y enemigos. A la muerte del emperador Carlos V, no había en la Europa cristiana mayor enemigo que el turco. La tensión era constante por la supremacía en aguas del Mediterráneo. El nuevo rey fue consciente de que el poder naval de una nación no podía asentarse en expediciones esporádicas y aisladas que obedecieran a la urgencia de infligir daños puntuales. La lucha en la mar y su dominio requerían una estrategia acompañada de un constante programa de construcción naval, reclutamiento de gente de mar, instrucción de las tripulaciones, diseño de escuadras, organización de depósitos y acopio de pertrechos y armamento.

Carlos V nunca había podido llevar a cabo ese programa. Demasiados cometidos. Demasiadas misiones. Demasiados mares. Había tenido que empeñarse en la defensa del Mediterráneo oriental contra el turco al mismo tiempo que atendía a la cuenca occidental —donde las galeras de España se disputaban con las de Francia y Génova la hegemonía del golfo de León, el de Génova y las costas italianas—, y aprestaba sus naves para la carrera de Indias, hacia América, en el Caribe, en el nuevo océano, en las Molucas... No era espacio ni imperio lo que le faltaba a Felipe II. Sin embargo, percibió sus prioridades, puso orden en las flotas y en las misiones y buscó aliados.

Durante su reinado, la presión otomana se extendió. En 1566, los turcos asaltaron Sigetz, en Hungría. El emperador Maximiliano II aguantaba las acometidas turcas por tierra de la misma manera que Felipe II los peleaba por mar. Él fue quien lideró la lucha a partir de 1571, con la victoria de Lepanto. En 1593 se inició otra nueva guerra austro-turca. Demasiado agobio e inconveniencia para la familia Habsburgo. La guerra se prolongó durante años y hubo que poner fin al conflicto buscando la victoria con nuevos aliados. El empuje del monarca español se tradujo en la coalición de una flota mediterránea constituida por varias escuadras de galeras: la de España, la de Nápoles, la de Sicilia y las escuadras de galeras genovesas que estaban a su soldada, básicamente las naves de Andrea Doria.

No obstante, esto no fue suficiente. Cuando España mandó en el mar, mandó igualmente en el resto del mundo. Tan compenetrados estaban poder naval y entidad nacional, que sus destinos fueron inseparables durante largo tiempo. Era preciso reafirmar ese poder y para ello buscar nuevos aliados. ¿Persia? Podría sugerirse el diseño de una estratégica pinza que apretase al turco desde su retaguardia asiática mientras los aliados cristianos batallaban en el Mediterráneo.

Pero ¿qué se sabía de Persia?

Por primera vez desde que había sido invadido por los árabes e islamizado, el país había adquirido una cierta autonomía política. Estamos

hablando del año 1501 y, por tanto, de una fecha no muy distante de la concepción nacional cristiana de la España de 1492. Y aunque las comparaciones en historia siempre son imprecisas y no sea riguroso hacerlas, hay situaciones que pueden ayudarnos a la comprensión de fenómenos similares. Este sería el caso de la Persia chiita y de la España cristiana, unificadas sobre las bases de la religión para dar entidad nacional a los antiguos reinos.

En Persia también la religión fue el cimiento de la política. El sah Ismail I había proclamado el chiismo duodecimano como la religión de Persia por razones tanto espirituales como políticas, y logró que las diversas poblaciones se unificasen a través de una espiritualidad original y nueva que se distinguía del islam sunita de los reinos que rodeaban Persia. De esta manera dotó al país de entidad política propia y proporcionó a la autoridad real una nueva fuerza y una dimensión mística. Fue un líder espiritual, un instigador del chiismo y un soberano que gobernó con la obsesión de unificar el país.

Una vez fortalecido en el interior de las fronteras persas, el sucesor de Ismail, Tahmasb I (1524-1576), inició los conflictos contra los otomanos y contra los uzbekos que reinaban en Asia Central. Con esos antecedentes, Tahmasb se perfiló ante las cortes cristianas como el candidato ideal para ajustar con él una alianza contra el turco. Los austriacos no tardaron tiempo en madurar el proceso y abrieron vías con el monarca persa, ofreciéndole un tratado de amistad y de alianza y planteando una acción concertada contra el poder de Constantinopla.

Así se lo comunicó Maximiliano II a su sobrino Felipe II, rey de España. El propósito era actuar de común acuerdo, transmitiendo al persa un mensaje conjunto. Para ello, Maximiliano propuso a Felipe II que despachasen una embajada conjunta al sah reclamando colaboración. El rey de España prefería embajadores independientes, aunque concurrieran juntos a su misión. De este modo, inició gestiones en diciembre de 1566, solicitando información a su embajador en Lisboa para que le

cursase una relación pormenorizada de los detalles y preparativos de la embajada lusitana a Persia.

El eficaz embajador de Felipe II en Lisboa, Alonso de Tovar, remitió todos los datos que pudo acopiar sobre aquel extraño país oriental del que en España se sabía poco. Felipe II puso en marcha su maquinaria administrativa: con los informes recibidos, hizo llegar al rey de Portugal, don Sebastián, una carta en la que le pedía que favoreciera la embajada suya y la del emperador Maximiliano II ante el sah Tahmasb I de Persia.

Se pensaba que las pasadas campañas contra los otomanos eran claras credenciales de las intenciones europeas y que, sin duda, convenecerían a los persas de la viabilidad del proyecto. Además, la coalición cristiana, formada por la República de Venecia, el papa y España, había logrado una rotunda victoria en el combate naval de Lepanto en 1571 y eso certificaba que los turcos no eran invencibles. Es más, parecía que estos empezaban a ofrecer síntomas de cierta decadencia militar. Se percibía entonces una ocasión propicia para coaligarse con Persia y tratar de darle la puntilla al turco.

Los planes comenzaron a prepararse cuidadosamente. El rey don Sebastián nombró un embajador para la ocasión, don Miguel Dabreu de Lima, que debía partir hacia Persia con las propuestas de los reinos cristianos. Los diplomáticos venecianos aconsejaron que el portugués llevase «cartas y comisión de cada uno de los confederados» de la Santa Liga para cimentar su alianza con los persas y redondear la operación.

Por tanto, Dabreu partió al encuentro del sah bien pertrechado de instrucciones de su propio rey, además de las de Felipe II de España, del papa y de la República de Venecia. Mayor fuerza diplomática no era posible concentrar.

En su carta, Felipe II explicaba extensamente al sah la misión de la alianza europea contra los turcos y daba cuenta en detalle del combate de Lepanto:

«...una tan gran victoria, qual nunca jamás ha sucedido, porque aunque la del enemigo era mayor en número de navíos y gente, con el favor de Dios fue vençida y muertos más de treinta mil mucho número de turcos, la mejor y más valerosa gente de sus exércitos y muchos capitanes y gente principal, y entre ellos, su Baxá y Capitán General, y presas casi doscientas galeras con muchos cautivos y otra mucha parte de galeras y de otros baxeles rotos y hechados a fondo...».

En otro de los pasajes de la carta, el rey de España precisaba con mayor detalle el contenido político de la misión, señalando que

«estamos determinando los coalligados de seguir adelante la victoria y hazerle todo el daño posible en sus reynos y estados, y con tan gran principio proseguir en disminuir y deshacer su poder y tiranía».

Y, para que no quedasen dudas, remataba la carta con la propuesta política de alianza:

«...y entendiendo nos la continua guerra y enemistad que contra Vos tiene el dicho Turco [...] entiendo que os importa y deseáis mucho hazer daño y guerra al dicho Turco [...] apretándole todos en un mismo tiempo y ayudándonos unos a otros recíprocamente, no solo le reprimiremos a que no salga a fazer [sic] la guerra fuera de sus estados [...] pero sucederá que no tenga seguridad en su casa y que le derribemos de su poder y tiranía».

Ya hemos dicho quién era señor de Persia: el sah Tahmasb I, el segundo de los monarcas de la dinastía safávida. Los safávidas eran una estirpe descendiente del profeta Mahoma. Gente brava, soldados sufís arropados por las tribus turcomanas de Anatolia, luchadores del Cáucaso, conquistadores de Azerbaiyán y, después, dominadores de todo el territorio de

Irán, a comienzos del siglo XVI. El sah Tahmasb se había instalado en el trono después de los violentos años de reinado de su antecesor, Ismail I, transcurridos entre intrigas palaciegas y turbulencias políticas.

La personalidad de Tahmasb no era menos conflictiva que la de su padre; llevaba en los genes el espíritu combativo de los safávidas. Tan pronto como tomó las riendas del poder, intervino poniendo orden en las rivalidades de las diversas tribus persas. Había arrebatado a los otomanos Georgia, Azerbaiyán y Armenia, y combatido a los uzbekos en Asia Central.

El trato con la comitiva del embajador Dabreu iba a ser la primera experiencia de los safávidas con los europeos. El sah recibió a la embajada y las cartas de los monarcas, pero, de acuerdo con la ausencia de cortesía de aquellas cortes irrespetuosas, ni se dignó responder. Un misterio rodea a la misión diplomática de Dabreu y son varios historiadores los que han especulado sobre el resultado de esta embajada. Tan solo en febrero de 1575, dos años después de la salida de Dabreu de Lisboa, se tuvieron noticias de su misión diplomática. Lo que había ocurrido, además del desinterés de Tahmasb en la propuesta europea, no fue otra cosa que un triste episodio protocolario cercano al desvalijamiento.

Sucedió que el sah, tras oír la propuesta de alianza que traía el embajador, le replicó «que aún 20 años que se tenía paz jurada con el turco». A partir de ese momento no volvió a hablar más con él. Ordenó que su sobrino —imaginamos que se trataba del futuro sah Abbas I— se ocupase de los visitantes y fue él que, por recomendación del monarca, le hizo las consideraciones sobre el valor de los presentes que traían para el rey persa. Porque ese, el asunto de los presentes, fue un extremo crucial en la misión de Dabreu y lo único que pareció interesar al monarca oriental.

Por fútil que parezca, el valor de los regalos fue lo que desencadenó el desencuentro. Al sah Tahmasb no le agradó lo que le enviaba el rey de Portugal y ordenó reclamar una compensación. A los occidentales que componían el séquito del embajador, y suponemos que a él mismo, la

reacción de Tahmasb les debió de parecer próxima al delirio. Pero no, los persas se lo tomaban en serio. El sobrino del sah —el futuro Abbas I—, interpretando el criterio de su tío, dijo que le maravillaba cómo un rey tan grande como el de Portugal no enviaba a su rey, «que era tan poderoso que llegaba a los cielos, dos quintos de oro y no tan pequeño presente». Al embajador Dabreu le devolvieron una cama «y otras cosas que no eran oro ni dineros». Los regalos que no gustaron se vendieron. Aquellos que ni siquiera fueron aceptados, fueron tasados en 2.000 ducados que exigieron que pagase el embajador. El embajador protestó y negó llevar esa cantidad encima. Registraron al séquito y, al no encontrar dinero ni oro, les quitaron los caballos y la vajilla de plata y lo vendieron todo.

«Le buscaron lo que traía y tenía y, no hallando oro ni dineros, le tomaron los caballos en que él y su gente auían ido y la baxilla de plata y lo vendieron por lo que quisieron».

A partir de ahí, el embajador y su séquito quedaron en la indigencia. Hasta el punto de que Dabreu tuvo que pedir prestados dineros a los cristianos armenios contra un crédito que les abonarían en Ormuz. Los enviados vivieron a partir de entonces de cualquier manera, sin dinero ni consideración. Las cosas pasaron a mayores cuando los persas trataron de eliminar a ciertas personas de la comitiva del embajador, indignados con el pretexto de que en Ormuz habían querido quemar los libros de la mezquita. Esto, al parecer, era cierto y fue una airada reacción de los cristianos por haber roto los musulmanes la cruz de la iglesia. La cruz. El símbolo de la cristiandad. El sah replicó que no entendía que, por haber «quebrado un palo», hubieran querido poner fuego a la mezquita, y el embajador respondió que aquel palo era el símbolo con el que habían sido redimidos los cristianos. Dudo que el sah lo entendiera.

Después de aquella discusión, renunciaron a los tratos y dejaron al embajador Dabreu sin darle licencia para su regreso. Salió Dabreu, no

sabemos bien cómo, pero abandonó aquel inútil intento de trabar algo políticamente coherente con Tahmasb. La primera embajada cristiana se saldaba con un estrepitoso fracaso.

Transcurrió el tiempo. A la muerte de Tahmasb se batalló por el trono en la corte oriental. Su cuarto hijo —que había estado encarcelado por su propio padre durante 25 años— se estableció como soberano en 1576 con el nombre de Ismail II, después de una sucesión de asesinatos. Ismail, el nuevo rey, era un hombre profundamente desequilibrado por su largo encierro en prisión y receloso de la familia, lo que no era para menos después de su pasada experiencia. Para asegurarse un reinado sin altercados que pudieran amenazar su trono, ordenó que matasen a su hermano Mohammad Khodabandeh y al hijo de este, Abbas, el futuro Abbas I, algo que afortunadamente para ellos no llegó a suceder. Ese era el personaje con quien a partir de ahora tocaba tratar.

Afortunadamente para sus parientes, la permanencia de Ismail II en el trono fue efímera. Al parecer, los excesos en la bebida y una sobredosis de opio terminaron con él en solo un año. De este modo, su hermano Mohammad Khodabandeh, hombre de carácter débil y personalidad abúlica para la gestión política, le sucedió en el trono en 1577.

Felipe II había intentado, hasta entonces sin éxito, una alianza de los persas contra el turco. Un hecho relevante sucedido en 1580 vendría a redoblar el interés del rey de España. En ese año, el rey Felipe, nieto por línea materna del rey lusitano Manuel I, fue proclamado soberano de Portugal. La oposición de algunos portugueses fue neutralizada en la batalla de Alcántara ese mismo año. En abril, las Cortes de Tomar le reconocieron como rey y juró respetar todas las libertades portuguesas, lo que cumplió escrupulosamente hasta su muerte, como lo haría su sucesor, Felipe III, que seguiría siendo contemplado como depositario de las dos coronas. A pesar de ello, gran parte de los historiadores lusitanos, incluso hoy día, continúan refiriéndose a ese periodo de la monarquía hispano-lusitana de Felipe II y Felipe III como el de *a usurpação dos Filipes*. A pesar de las

quejas portuguesas, justo es reconocer que la administración civil, eclesiástica, judicial y militar la ejercía Portugal en sus posesiones de América, África, el golfo Pérsico o las Indias Orientales, y cualquier decisión administrativa o legislativa debía proceder de las Cortes de Portugal o del Consejo. Por tanto, estamos hablando de una autonomía amplísima.

El hecho iba a tener su impacto político sobre las costas de Asia y en los estrechos persas. A partir de entonces, las numerosas posesiones portuguesas en Indias Orientales pasaban a ser responsabilidad de la Corona de España, lo que proporcionaba una naciente dimensión a los asuntos de Estado. La amenaza se extendía ahora todavía más en esta zona de responsabilidad de España, concretamente en la isla de Qeshm, Baréin y, sobre todo, Ormuz. Un nuevo reto que ofrecía también nuevas oportunidades y actuaciones más incisivas.

La presión turca sobre los dominios de la rama hispana de la casa de Habsburgo, lejos de haberse conjurado con la victoria de Lepanto, se proyectaba ahora sobre un triple frente: en el Mediterráneo sobre Italia y España; en el mar Rojo sobre las posesiones portuguesas de África Oriental y, sobre todo, en el golfo Pérsico y los establecimientos de la India. Pero España y Portugal ahora estaban solos, porque la Santa Liga no tardó en evaporarse. Venecia había ya firmado la paz con los turcos en 1573. Había que empezar desde cero.

Pronto percibió Felipe II el renovado valor que la baza persa presentaba frente a los turcos en el tablero estratégico euro-oriental, con la doble responsabilidad luso-española sobre sus hombros. Para neutralizar la amenaza de los turcos, nada mejor que mantenerles a raya con una guerra a las puertas de su casa en Oriente. Si había que apretar a la Sublime Puerta, ahora que la Santa Liga se había disuelto, no había mejor opción que contar con los persas como aliados. Además, las circunstancias parecían ayudar.

La prudencia diplomática aconsejaba tantear esa unión táctica con Persia. Efectivamente, los persas llevaban años enzarzados contra sus

vecinos turcos en un largo conflicto bélico (1579-1590), en el que los persas habían llevado la peor parte. Se debía aprovechar el deseo de su desquite. Como apunta el historiador español, embajador Ochoa, «se trataba siempre de concitarse la alianza de la Persia musulmana, pero chii, contra los turcos suníes, e insidiar así la retaguardia otomana». El enemigo era, como siempre, el turco.

Los emisarios de los virreyes en 1581

Ajeno a la dramática saga familiar de los primeros monarcas safávidas, el rey de España estaba decidido a insistir en sus propósitos diplomáticos. Con esa finalidad había instruido en 1581 a don Francisco de Mascareñas, su virrey en la India, para que —a pesar del fracaso de la embajada de Dabreu— se pusiera en contacto con el sah Tahmasb I a fin de coaligarse contra los otomanos. Pero en la época las noticias viajaban lentas y Felipe II ignoraba que el sah había fallecido cinco años antes, así como su sucesor, Ismail II. Quien empuñaba el cetro real en aquella época era Mohammad Khodabandeh, hermano de Ismail II. El veredicto de la historia retrata a ambos hermanos, Ismail y Khodabandeh, como dos clamorosos ejemplos de ineptitud.

Para afianzar las gestiones que había encargado a Mascareñas, Felipe II ordenó asimismo a su eficaz virrey en Nápoles, Iñigo López de Mendoza, que remitiese un presente al soberano persa con el ofrecimiento de su amistad. Pulso entre virreyes. López de Mendoza se adelantó a Mascareñas y, antes de que el virrey de Goa se dispusiese a cumplir la misión encargada por Felipe II, llegó a Persia el comisionado del virrey de Nápoles, un armenio, cargado con regalos para el sah: ámbar, madreperlas, oro esmaltado, rubíes, esmeraldas de seis kilates y armas blancas y de fuego. Al recibirlo, el persa Khodabandeh pareció complacido por el apoyo que le ofrecía el poderoso monarca de una nación que domi-

naba medio mundo, y con el mismo mensajero armenio despachó a su propio enviado con respuesta y regalos. El contacto de Nápoles había surtido efecto.

Cumplida su misión, el armenio emprendió su regreso a Nápoles vía Goa. Enterado el virrey Mascareñas de su presencia en la ciudad y de la gestión que había llevado ante el sah Khodabandeh, no quiso dilatar por más tiempo la misión que le había encomendado el rey Felipe II y ordenó al armenio que acompañase a su propio emisario, fray Simón de Morais, que conocía la lengua persa, para que regresase nuevamente a entrevistarse con el sah y cumpliera la misión ordenada por el monarca español, llevándole esta vez una carta personal del rey de España y otros regalos.

Acompañado por el armenio, fray Simón de Morais llegó al sah, que estaba en la provincia de Khorasan. No sabemos si los regalos de Mascareñas agradaron al sah, pero el fraile causó la mejor impresión y fue bien acogido. Tanto fue así que Morais se entretuvo algún tiempo en Persia y llegó a ser preceptor de uno de los hijos del sah. El propio sah decidió enviarlo más tarde, junto con un legado suyo como embajador, al rey de España. Zarpó en 1585, pero la nao que les llevaba desde Goa naufragó y allí acabó el intento.

La ausencia de noticias tras la misión de Morais y la indolencia del sah abortaron los resultados de estos nuevos contactos. A pesar de recibir a tanto emisario y no pocos regalos de su gusto, Khodabandeh apenas se interesó en anudar lazos con los cristianos de Occidente. Hombre apático y negligente, dejó que fuese su enérgica esposa la que mantuviese el control de sus vasallos y de los asuntos de Estado. No tuvo éxito. Al cabo de dos años, los vasallos la asesinaron.

Con la caída del sah Khodabandeh y la de su esposa, Persia volvió a entrar en una fase de luchas internas que amenazaron con desmembrarla como entidad política. Y ese estado de cosas continuó hasta que Abbas I, hijo de Mohammad Khodabandeh y conocido más tarde como sah Abbas el Grande, accedió al trono en 1587.

A pesar del fiasco con el fraile Morais, Felipe II no abandonó nunca su pretensión de mantener unas relaciones cordiales con Persia hasta los últimos días de su reinado. Su empeño tenía ahora mayor interés, a la luz del cambio sustancial que se había producido en 1590, cuando el nuevo sah, Abbas I, se vio forzado a hacer la paz con el sultán otomano Murad III —en el Tratado de Ferhat Pusha—, poniendo fin a doce años de guerra.

Pero en 1593 los europeos entraron nuevamente en guerra contra los turcos y la alianza con los persas se planteó como cuestión urgente. En carta fechada en Lisboa el 15 de febrero de 1594, Felipe II ordenó al virrey de la India, Matías de Alburquerque, que despachase una embajada al rey de Persia (ahora Abbas I), accediendo a la voluntad del propio Abbas de mantener una amistosa correspondencia con los portugueses. Dos años más tarde, en 1596, el rey Felipe volvió a expresar ese mismo deseo al virrey-almirante don Francisco de Gama, advirtiendo sobre la conveniencia de enviar como embajador a una persona de alcurnia o a un «hidalgo», a fin de animar al sah a romper las hostilidades contra Constantinopla y quebrar el auge turco. Pocos meses antes de su muerte, Felipe II reiteró sus órdenes al virrey en una carta fechada en enero de 1598, recordándole «quanto comuen consensuarse a amizade de Xá Rey de Persia». La obsesión por la alianza anti-turca era una larguísima aspiración que no se había desvanecido en las cortes europeas, aunque nuestro rey moriría sin ver cimentada la iniciativa.

La diplomacia del sah Abbas I y la dinastía safávida

El sah Abbas I (1587-1629) era muy distinto a sus antecesores en el trono. A modo de un adelantado precursor de Luis XIV, durante su reinado intentó realizar en la Persia de su tiempo una especie de revolución desde arriba. En el retrato que trazan de él sus contemporáneos, Abbas aparece como un hombre de carácter enérgico, astuto y, en muchas ocasiones,

cruel. Era también un empedernido cazador, buen jinete, hábil jugador de polo y aceptable artesano. Tenía habilidades como maestro armero, forjaba sus cimitarras, trabajaba los frenos y bocados para sus caballos y era guarnicionero de las propias riendas que los dirigían. A pesar de ser prácticamente analfabeto, Abbas se desenvolvía como un buen conversador y hombre curioso, y mostraba un incontenible deseo de aprenderlo todo sobre otras tierras y otras culturas. Las crónicas lo retratan como tolerante con otras religiones, aunque esa actitud debía de responder mucho más a una inclinación oportunista que a un verdadero sentimiento de benévola anuencia.

Los europeos que le trataron resaltaron sus virtudes: adulador, atlético, hábil negociador, ingenioso y hombre de inteligencia rápida. Sin embargo, conscientes también de sus defectos, le rociaron con toda serie de epítetos: volátil de carácter, voluble, con frecuencia contradictorio y también perverso hasta la crueldad. Para evitar intrigas palaciegas, había ordenado sacarle los ojos a uno de sus cinco hijos y matar a otros dos. Los dos restantes murieron antes que su padre, de manera que fue sucedido en el trono por su nieto de trece años, Reza Safi I. Su crueldad alcanzaba extremos de sadismo insuperables. Anthony Sherley —un aventurero inglés acogido a su corte, del que hablaremos más adelante— fue testigo de ello. Durante un banquete, según informes enviados al embajador español en Venecia, por una inconveniencia que dijo una prostituta, «il Re medesimo la face pigliare públicamente per la gambe e discopertole egli medesimo la mise una candela accesa nel vaso della natura».

En cualquier caso —y a pesar de su conducta a veces brutal—, el sah Abbas produjo una cierta fascinación en los europeos, que trazaron de él retratos llenos de vivacidad e ingenio. Hasta 1587, la capital de Persia había sido Qazvin. Abbas la trasladó a Isfahán, que la engalanó construyendo nuevos palacios y mezquitas. A partir de entonces, Isfahán cambió su estatus y paulatinamente pasó de ser una ciudad provinciana a la capital del imperio.

Decidido a engrandecerla, el sah ordenó comprar grandes extensiones de terreno al sur de la ciudad medieval y poco a poco fue surgiendo una urbe distinta. En 1676, el joyero francés John Chardin, que residió en Isfahán durante diez años, editó una voluminosa obra que titulada *Travels*, en la que recogió la evolución urbanística de la población. En uno de sus tomos describió detalladamente los edificios de la ciudad. Era un auténtico catálogo, casi un inventario de los monumentos de Isfahán: 162 mezquitas, 48 madrasas, 1802 locales de comercio y 283 edificios de baños o hamam. Todo eso era lo que la ciudad guardaba al final el período safávida. La mayoría de esos edificios no ha sobrevivido, pero los que lo han hecho son testimonio de la que debió de ser —en el apogeo de la dinastía safávida— una de las ciudades más refinadas del mundo.

La brillantez y esplendor de Isfahán quedó también reflejada en los comentarios que el diplomático español Rivadeneyra escribió en su libro de memorias *Viaje al interior de Persia*, en 1875:

«Isfahán es el modelo de ciudades que mi mente forjaba antes de saludar las riberas asiáticas; es un renacimiento de las ciudades asirias, que durante siglos cubrieron espesas sábanas de arena; es lo que fueron Córdoba y Granada en tiempo de los califas; es, en una palabra, una síntesis de cuanto hay y hubo en Irán».

De los planos de sus arquitectos salió el trazado de una enorme plaza —*meidan*— de 510 metros de largo por 163 de ancho, que sería uno de los marcos que acogería las conversaciones entre el sah y el embajador de España, don García de Silva.

En 1590 no existía más que la extensión aplanada de la plaza. Un espacio para jugar al polo que era mercado y lugar de esparcimiento. Su superficie fue rodeada a partir de 1598 de soportales que acogían pequeñas covachuelas donde se mercadeaba. Más tarde, en 1602, se añadieron fachadas que le proporcionaron armonía y se embelleció el centro

de sus costados laterales con dos magníficos edificios: el palacio de Ali Qapu y la mezquita para la familia real, Shaykh Lutfallah, que —grandiosas— aún perduran. Al sur del *meidan*, se fue levantando la imponente mezquita del sah, Masjid-i-Sah (conocida como «la del Imán» a partir de la revolución islámica de 1979) y el complejo quedó terminado. Siglos más tarde, durante la dinastía Pahlavi, se plantó césped, tal y como hoy puede contemplarse, que rompe la geometría y uso original del recinto.

El embajador García de Silva, como más adelante veremos, entró en la plaza en su primera visita a la ciudad en mayo de 1618. A él debemos una de las primeras descripciones de pluma europea:

«De aquí se entra en el Maidan, que es la plaça en que se ejercitan a caballo, tambien obra del mesmo Rey (...) El Maidan es una gran plaça de mas de seiscientos pasos en largo y treientos de ancho, en forma cuadrangular y cercada toda alrededor de tiendas de mercaderes con varandas y aposentos pequeños por lo alto, sin otras ningunas casas notables, siendo muy baxos y humildes estos edificios de tiendas que las rodea. (...) En cada uno de los dos lados mayores de esta plaça, que es en el de la mano izquierda cuando se viene de la mezquita nueva, está el palacio y las casas reales, con una lonja quadrada a la entrada cubierta con su bóveda, y una varanda encima, la una y la otra dorada y pintada, segun en Persia se acostumbra».

La plaza funcionaba como centro de mercado adonde una vez a la semana acudían los aldeanos y agricultores de los alrededores de Isfahán. Nos han llegado imágenes de esta actividad a través de un grabado de Corneille Lebrun, burilado a comienzos del siglo XVIII. El grabado capta la escena de la plaza cubierta de puestos y tenderetes de verduras y frutas. Es una imagen de un día de feria, tal y como se celebraban igualmente en las ciudades europeas. Algo más tarde, en 1841, el pintor orientalista

francés Eugène Flandin la dibujó repleta de mercaderes, con los camellos merodeando entre los fardos.

El nuevo bazar, el Qaysariyya, se agregó al sur de la plaza. En él se vendían las lujosas piezas de seda y los brocados. Hoy se puede comprar casi todo en ese laberinto que comienza en la puerta grande que se abre sobre la plaza.

El vicecónsul español Adolfo Rivadeneyra la contempló doscientos cincuenta años después y la describió así:

«Allí está el ‘Meidan del sah’, cuatro veces como la Plaza de Armas de Madrid, cércalo estrecho canal de agua, y en su centro, así como en la plaza principal de toda ciudad persa, está el mástil con dentellones en la parte superior donde cuelgan las cabezas de los ajusticiados, para ejemplo y escarmiento de la población».

Al oeste del palacio Ali Qapu se extendían los jardines reales y el harén:

«En lo más interior de las huertas y jardines que se an dicho estan los serrallos del todo inaccesibles, fuera del rey y de los eunuchos que los guardan, conforme a la severidad de todos los asianos».

Fue creándose así, durante la época del sah Abbas, el barrio ajardinado de Chahar Bagh, abarrotado de macizos de flores y de árboles. En la zona del jardín se levantaban las casas de los potentados de la corte safávida.

El caravanserai de Isfahán —núcleo básico en aquella ciudad consagrada al comercio— fue construido por la madre del sah safávida Sultán Huseín, que reinó años más tarde. A ese complejo se le agregó una escuela islámica que lleva el nombre de Chahar Bagh. Tanto la escuela como el caravanserai se conocen también con el nombre de Madar-e-Sah o «madre

del rey», por ser ella la que a su costa financió el complejo. El embajador de Silva lo contempló. De nuevo recurrimos a su testimonio, aunque hoy día el caravanserai no luce ya esa cúpula dorada:

«El caravasar nuevo del Rey, que se dixo ya estaba en medio del bazar por donde entró el Enbaxador es sumptuosísimo, con una muy alta cúpula, toda dorada, y en él muchas lonjas con gran cantidad de aposentos (...) se puede hospedar gran cantidad de forasteros de todas naciones, particularmente mercaderes; finalmente es una grandiosa y real fabrica. Hay otros muchos caravasares en la ciudad, que aunque no son de la lindeza ni grandeza deste, son capazes y acomodados».

Cada lado del caravanserai medía ochenta metros. Un arroyo llamado Farshadi corría a través del patio. En 1958, para salvar el monumento, el caravanserai fue convertido en un lujoso hotel por la Iran Insurance Company. Ese es el origen del actual hotel Abbasi o King Abbas Hotel, como se llamaba antes de la Revolución, y cuyas obras concluyeron en 1966.

Mientras Abbas iba edificando y embelleciendo la ciudad, en Europa se luchaba en Flandes; Spínola había tomado la ciudad de Ostende en 1604 y en 1609 se negociaría la tregua de los 12 años con las provincias del norte. Reinaba Felipe III con la privanza del duque de Lerma; Holanda llevaba camino de convertirse en una de las primeras potencias comerciales del mundo. En Francia, Luis XIII configuraba el estado absolutista. En Inglaterra reinaban los Estuardo.

En los Países Bajos pintaban Rubens y Rembrandt; Van Dyck trabajaba en Italia y en España —en pleno Siglo de Oro— Zurbarán, Velázquez, Murillo, Ribera y Ribalta creaban lo más significativo de sus obras. El Greco estaba a punto de llegar al fin de sus días, pues falleció en 1614. Shakespeare escribía sus últimas obras antes de fallecer en 1616; Cervantes había terminado en 1615 su *El ingenioso hidalgo don Quijote*

de *La Mancha* y moriría al año siguiente. Góngora y Quevedo componían versos. En Francia, Descartes había creado su escuela racionalista basada en los principios lógico-rationales y en Inglaterra, Francis Bacon formulaba las bases del empirismo. En la sierra de Madrid se estaba terminando de construir el monasterio de El Escorial.

Todo ello ocurría en la lejana Europa, en esos años en los que en la plaza de Isfahán se levantaba sobre andamios la espléndida mezquita real, la Masjed-e-Sah, coronada por su inmensa cúpula turquesa. El vistoso palacio de Ali Qapu dominaba el centro del *meidan*. Las edificaciones anejas a la planta baja de Ali Qapu han desaparecido hoy día. Según el embajador García de Silva, conocedor del lugar, más adentro se divisaba «un grande y hermoso recibimiento —en que este Rey rescibe a los Embaxadores— o entrada, cuadrada toda, de la mesma labor».

Poco queda hoy día en el Ali Qapu actual que nos recuerde a la grandiosidad de ese monumento. La galería del primer piso de este palacio se abría sobre la plaza. Su techo era de marquetería, con incrustaciones de metales preciosos entre colores siena, púrpura e índigo. Todo ello estaba sostenido por 18 altas columnas de madera. Cada una de esas columnas había salido de un único tronco de árbol y todas ellas estaban rematadas por capiteles trabajados y cubiertas de láminas de espejo que hoy han desaparecido. Grandes cortinas rojas colgaban sobre la balconada para proteger del sol la terraza y las «varandas doradas». En el centro de la terraza había un estanque alimentado por tres surtidores de agua. A su alrededor, cubriendo todo el suelo de la gran terraza, se extendían alfombras de la mejor factura local, «muy finas alhonbras», como escribe García de Silva.

En su último piso, el palacio acogía una sala de música cuyas paredes estaban revestidas de un trabajo de estuco orientado a maximizar la calidad de la acústica. En los muros se distinguen los huecos de los moldes en el yeso. Los huecos tienen forma de jarrones, botellas de cristal, fuentes y frascas cuya geometría permitía matizar la calidad de los sonidos.

Habría sido un escenario ideal para escuchar las composiciones que en esa misma época estaban creando en Europa Monteverdi y Scarlatti. Aún faltaban sesenta años para que nacieran Vivaldi y Bach, pero en la España y en la Europa prebarrocas ya eran conocidas las partituras de Antonio de Cabezón y Tomás Luis de Vitoria.

Decidido a servir de puente entre la India y Europa, el sah Abbas fomentó el comercio entre sus vecinos orientales y las naciones europeas, y para ello organizó las provincias persas mediante la construcción de caminos, puentes, *caravanserais* y talleres.

La seda se convirtió en la exportación más cotizada y en monopolio estatal. La India fue el principal suministrador de índigo, azúcar y textiles, mientras que Persia les vendía seda, frutas y caballos. La seda en crudo, los brocados lujosos y las piezas de terciopelo destacaban como las principales exportaciones a Europa.

El oro y la plata que recibían a cambio los comerciantes persas eran cruciales para su economía, no solo porque los metales preciosos se fundían para batir moneda persa, sino porque se utilizaban como pago de las mercaderías que procedían de la India. A pesar de todo, no bastaba. Ante la escasez de moneda propia —que requería la fundición de los metales de las monedas ajenas—, circulaban en Persia y en las transacciones con India las piezas europeas, entre las que sobresalían las españolas de plata de ocho reales, reselladas o no, procedentes de cecas peninsulares y americanas, los ducados venecianos y las coronas inglesas.

La época de Abbas coincide también con el esplendor del arte de las miniaturas, con la manufactura de la porcelana local que imitó los motivos de la blanquiazul china —que circuló profusamente en Persia y se exportó a Portugal y a Holanda— de la caligrafía y de la confección de alfombras.

Gran parte de todas estas artes y artesanías subsistió al paso de los siglos. Fue en ese período cuando se desarrolló el uso de las hebras de oro y de plata en la trama de las alfombras, junto a las hilachas de lana